

Andrea Kottow y Ana Traverso. *ESCRIBIR & TACHAR: NARRATIVAS ESCRITAS POR MUJERES EN CHILE (1920-1970)*. Santiago: Overol, 2020: 159 pp.

En este primer cuarto del siglo XXI, tendemos a pensar que vivimos en un constante avance en temas de igualdad e inclusión, alcanzando una permanente disminución de la llamada brecha de género. Sin embargo, libros como *Escribir & tachar* ponen en entredicho hasta la mirada más optimista. Esto, porque las académicas Andrea Kottow y Ana Traverso logran devolver la esquiua luz que vieron, en otros períodos, diferentes voces atenuadas ya, cuando no abatidas por la gravedad de la historia. ¿Cómo es posible que el silencio cubra a tantas figuras y tantas obras? Ciertamente no en función de su calidad literaria. Y, la otra pregunta, considerando la materialidad del oficio de escribir: ¿dónde quedaron tantas ediciones que alguna vez fueron novedades?

Si algo queda claro con este breve pero elocuente libro, es que no basta, para las mujeres, ser escritoras exitosas en vida. No basta. Es perfectamente posible que esos nombres no vuelvan a ser escritos, leídos, recordados, y, por lo tanto, valorizados en el rol que jugaron en una historia literaria llena de mutismos y omisiones. Es patente cómo el cosmos de la literatura escrita por mujeres en Chile fue de estas partidas olvidadas, salvo en contadas excepciones, claro está. El libro, *Escribir & tachar*, es un caso vívido de esta recuperación histórica necesaria. No porque en el rango de tiempo por ellas designado, 1920-1970, esa narrativa de mujeres no haya recibido ningún tipo de reconocimiento. Sino porque, en las últimas cuatro décadas, no se las valora y escucha lo suficiente en el ámbito de la educación y la formación de las nuevas generaciones, como sí a otros señores. Ni menos se las visita en su importancia y el papel con el que debiéramos recordarlas, celebrarlas y reeditarlas. Ellas, escritoras de un buen tramo del siglo XX, son parte de la historia que les debemos a ellas mismas y que precisamos contarnos como parte del legado nacional de ese siglo pasado.

El trabajo de Kottow y Traverso, sin duda, es una contribución real al campo de los estudios literarios y estéticos. No solo de género, ni de feminismo en sí, sino –como se deduce del párrafo inicial de esta reseña– ellas logran devolverle su carácter, en otro tiempo, a un grupo de escritoras que no merecen desaparecer solo porque cada vez que se mira hacia el pasado literario chileno, el protagonismo se lo lleven las tendencias estilísticas y la teoría de las generaciones. Este grupo de autoras cruzan ese agitado siglo y se las puede encontrar en cada intervalo, ya sea en las décadas del criollismo, del imaginismo, del surrealismo, del neocriollismo, de la ficción especulativa, hasta

cierta producción más experimental y a los procesos de internacionalización, como el Boom latinoamericano, todo siempre liderado por distintos caballeros.

Así funcionan las etiquetas que organizan y marcan el ritmo penoso del paleo que cubrirá, mañana, lo que hoy es novedad. Esta no es solo la historia de cómo las sacaron a ellas de la pista, sino también —esperemos que no— del juego del futuro. La secuencia es brutal, imposible de negar. Es malo el patrón, pero sin duda, el elenco que Kottow y Traverso recuperan vuelve sobre las escritoras que aún faltan; y no porque no hayan escrito suficiente durante sus vidas, sino porque todo va en la forma en cómo se ordenan los nombres, se piensan las fechas y se sepultan generaciones completas bajo el peso de la omisión y el desinterés. O más bien, de otros intereses. De ahí la importancia del trabajo investigativo de las académicas que se abocaron al estudio de un lapso de cinco décadas, donde figuras como: Marta Brunet (1897-1967), María Flora Yáñez (1898-1982), Chela Reyes (1904-1988), Pepita Turina (1907-1986), María Luisa Bombal (1910-1980), Maité Allamand (1911-1996), María Carolina Geel (1913-1993), Mercedes Valdivieso (1924-1993), Margarita Aguirre (1925-2003), María Elena Aldunate (1925-2005), María Elena Gertner (1926-2013), Elisa Serrana (1930-2012), entre otras, vivieron y escribieron, todas con fuerza y razón. Impresiona, y lo vuelve más duro, el que la mayoría de ellas gozaron de vidas no breves, lo que las hizo espectadoras de aquella pausada inadvertencia.

Kottow y Traverso hacen repensar al lector en la historia completa de aquel siglo y, por supuesto, en los sesgos que puedan haber conducido al modelo pretensioso de un Parnaso *chilensis*, como bien sabemos, hombruno y viril. Y, tal como señalan las autoras en la contratapa, “cuando las discusiones en torno a las identidades sexuales colman la agenda pública, parece justo preguntarse si no resulta anacrónico hablar hoy de escritura de mujeres”. Un destiempo acertado y necesario, que interroga además la reserva exclusiva, en general, para figuras como la de María Luisa Bombal, única entre todas, que a pesar de que fue débilmente reconocida, al menos es nombrada en los anuarios y libros escolares. Como ella, algo de fortuna gozan, Marta Brunet, Marcela Paz (1902-1985) y, por cierto, aunque poeta y ensayista, la premio nobel Gabriela Mistral (1889-1958). Una lista donde la consagración esquiva y la despiadada marginalidad se cruzan, y en la que el bronce y la piedra escasea. De donde surge la pregunta por quiénes sí se mantienen a bordo, y la respuesta casi siempre tiene nombre de varón.

Mujeres que, durante sus años de actividad y publicación, ocuparon —además de un importante lugar en la crítica y en la prensa— un terreno preponderante en las listas de ventas. Ellas abrieron paso y senda para que hoy tantas y tantos ni siquiera nos preguntemos a quién le debemos los fundamentos de la escena local. Las investigadoras revisaron con aguda mirada un ciclo que hoy no es más que el rumor pausado de vestigios y ruinas de un pasado cultural. Este sí mejor, como dice el refrán, de todo pasado. Periódicos y diarios nacionales como *La Época*, *La Nación*, *El Diario Ilustrado*, *El País*, *La Opinión*, y otras versiones irreconocibles de títulos que aún suenan

como *Las Últimas Noticias*, *El Mercurio* de Valparaíso y Santiago; y revistas como *Zig-Zag* y *Ercilla*, entre otras. Las notas de la crítica eran esperadas por lectores y autores para llevar el pulso diario de la dieta letrada. Un mundo crítico masculino, y femenino en menor escala, que tenía espacio permanente para una forma cultural más viva que lo más vivo que podemos experimentar hoy. Cientos de copias vendidas por edición, éxitos de venta, reediciones, escritoras mujeres y no solo caballeros, marcaban el ritmo de las imprentas y sus máquinas. No obstante, como deja ver este estudio, sus nombres no lograron alcanzar la pluma de la historia, sino fugazmente. Aunque a pesar de tener un lugar, sin duda, es posible apreciar cómo al interior de sus propias narraciones, tal como subrayan Kottow y Traverso:

[...] los relatos que sostienen los personajes mujeres con sus críticos o jueces evidencian la contradicción entre la necesidad de ser reconocidas y apreciadas por la institucionalidad literaria y el rechazo que les provoca un discurso donde lo femenino es equivalente a lo intuitivo, incipiente, carente de profesionalismo, autorreferencial, intimista, en contraste con la literatura masculina situada en un contexto sociopolítico (23).

La luz de estas voces fue no solo un idilio o una ilusión de otro tiempo literario, sino además la huella de la compleja escena generacional –digamos familiar– que vivieron. Reducidas muchas veces a lo que las investigadoras reconocen como el sesgo de ese tiempo, cuando dicen:

Ante la sentencia que las deja al margen de la historia, en una domesticidad que condena lo femenino y donde cualquier desvío de una teleología heteronormativa se transforma en perversión o enfermedad, las autoras reaccionan ofreciendo nuevos modelos de mujer que desmoronan las sólidas bases del matrimonio y la maternidad para exhibir la dominación y el encierro al que son sometidas (23).

Señaladas por sus colegas escritores como “aficionadas”, designio subrayado ya en 1968 por la ensayista Adriana Valdés (26). Del mismo modo como por siglos ocurrió también en esta como en las otras artes, estas autoras son la huella de la senda triste de la ignominia, término etimológicamente preciso aquí. Para el Parnaso nacional, recio, esas estampas femeninas con presencia propia, no ligadas a la figura de las musas, resultaba del todo amenazante. La pregunta es por qué luego de haber alcanzado nombre y tribuna, esos títulos, sus obras y sus formas, no volvieron a ocupar un lugar relevante, sino que parecieran ser solo reemplazadas por otras voces de mujer, como si el espacio fuera escaso y para ellas solo hubiese un par de escaños a la vez.

La voz de otra crítica y estudiosa citada, Raquel Olea, las reconoce desatendidas por la sociedad ante la cual “las escritoras hablan el mundo femenino del ‘de eso no se habla’ y escribirán doblemente el silencio y lo silenciado en un solo pliegue” (74).

Como se puede apreciar, no se trata de un solo frente. Ni únicamente de buscar un espacio, sino también de buscarse la vida. Porque si algo queda claro en el libro de Kottow y Traverso, es que cuando estas escritoras mujeres dan el paso para hacer público sus relatos, queman con ello el camino de regreso a su vida anterior. Ser escritora, señora o señorita, era signo de irreverencia conyugal, desfachatez social, desatención filial, descuido materno y tantas otras formas de prejuicio que duraron más que solo los siglos de sombra de la modernidad, al menos en Chile. Así, como señalan en este estudio, estas narradoras, como tantas otras, sin importar el género literario, quedan “solas con su dolor... como lo único propio” (80).

Con ese importe a sus espaldas, igualmente lograron un espacio que pareciera, al leer este libro, una dimensión que se pierde en el tiempo, en un trabajo mítico, que no ha sido sino ayer. Palabras que hablan, en general, desde el menoscabo, diciendo lo que no se puede nombrar, ya sea de la pena como de la satisfacción, como de la alegría propia de sus vidas de mujer. Pero, sin duda es el quiebre de la seguridad de la figura paterna, la hacienda perdida, los arreglos nupciales, los amantes secretos, los amores clandestinos y, claro, la marginación que las vence; junto a la amenaza de la nulidad –versión del divorcio actual– y la coacción de perder a los hijos. Huellas que surcan estos relatos marcados por “finales infelices” (87), forjados en mujeres de ficción por y para mujeres reales.

En las obras destacadas por este estudio, a diferencia de otros umbrales que reciben al visitante literario, en la piedra del quicio se lee, pareciera que “la única forma en que la acumulación de sentimientos, emociones y afectos negativos pueda tener algún tipo de salida, fuese por vía de la catástrofe” (87). Textos definidos por el suicidio y la inmólación, esas ficciones, están gravadas por el precio de una versión débil de libertad y realización, en un siglo tan próximo que asusta. Escritoras, fieles conecedoras de las antípodas de la vida, del secreto de la muerte, así como del misterio de nacer –incognoscible y postergado– entre las huellas de dar la vida, a veces con el precio de sufrir y caer. Son voces de una metáfora que está más cerca de la figura de Lázaro de Betania, el único que conoce los secretos del reino de dios (Juan 11) y que pareciera ser traducido literalmente en las palabras de María Luisa Bombal: “es preciso morir para saber ciertas cosas” (93).

Como subrayan las académicas autoras de este libro, en estas prosistas mujeres es posible reconocer un hilo que las une en “ciertos imaginarios prototípicos de los géneros y las sexualidades. Se verá que estos gestos contradictorios, contenidos en varios de los textos [...] se repiten y dan cuenta de un cierto boicot que las narrativas se tienden a sí mismas” (96). Destino inclemente que no solo está en las obras –aunque ellas gozaron de popularidad y lectores que es lo principal– sino también en el panorama que despliegan Kottow y Traverso y que devuelve la esperanza ante las lápidas olvidadas de un cementerio que es preciso redescubrir y recuperar. Aunque, finalmente, este libro es feliz, porque por lo menos permite la alegría de verlas nombradas, obligando,

de algún modo a que se les haga un espacio en la fotografía del panteón local, el que tiende a saturarse injustificadamente de turma, barba y bigote.

Pablo Chiuminatto
Pontificia Universidad Católica de Chile